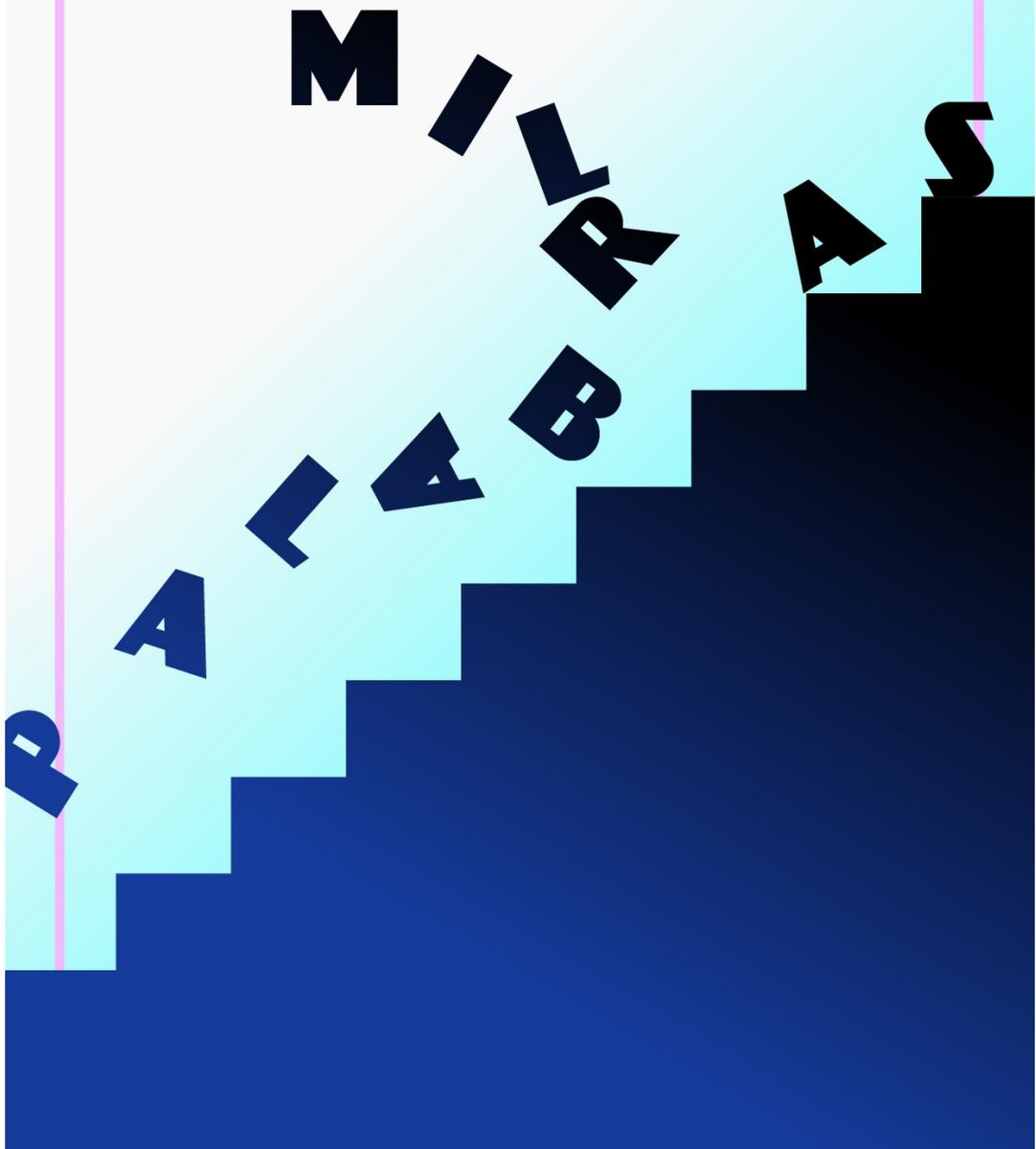


Mil Palabras

Ángel Núñez

Ángel Núñez



Capítulo 1

Las modelos cayeron por la escalera. Intentaban desnudarse mutuamente, divisar algún rastro de piel blanca, en la primera, o castaña, en la segunda. Los cuerpos alargados, elásticos, giraban por los escalones sin lastimarse ni romperse los huesos. Los besos desesperados surgían a cada paso que daban, hasta que, después de descender el tramo final de las escaleras, que se curvaba hacia la izquierda como en toda casa antigua, llegaron al suelo alfombrado del corredor principal. La modelo portuguesa de piel trigueña y cabello castaño plomizo estaba sentada sobre la otra, la polaca de rostro pequeño, ojos tan verdes como una piedra preciosa a través del río, cabello rubio y la boca fina, abierta en expectación. Como un vampiro, la portuguesa se ensañó con el cuello de su amiga, y lo llenó de tantos besos que la otra había comenzado a ver las estrellas. Luego se sentó y se quitó, con cierta brusquedad, la blusa. Sus costillas flacas atrapadas en un diminuto corpiño negro; la línea de los abdominales marcada en su vientre. La polaca también se sentó y se acercó a la otra, y ambas intercambiaron los besos más famélicos y húmedos que alguien haya podido conceder en esta vida o en otra. La portuguesa liberó a su amiga de una camisa de lunares y acarició la flaca espalda, el filo de los omoplatos, el camino salteado de la columna, y besó los hombros, y siguió en una línea diagonal hasta el blanco esternón de su colega, mientras ésta, dejando salir suspiros, le quitaba el corpiño. La polaca se inclinó y besó los oscuros pezones, y los lamió y los mordió, como haría un niño para alimentarse de su madre. La otra le apartó la cabeza y la miró con fuego en sus ojos: En esa mirada estaba clara toda la intención del deseo carnal, más clara de lo que podría llegar a ser descrito con palabras pasajeras. Volvieron a besarse, pero esta vez más lento, disfrutando de sus lenguas, del roce de los dientes de la otra en los labios propios, de los suspiros calientes, de la sensación de unos labios generosos, sonrientes, que te buscan para darte abrigo, de las manos extranjeras en las mejillas, de las ganas de besarse hasta el fin. De repente, la polaca hizo girar a su compañera, y en el suelo, sobre ella, le desabrochó el pequeño cinturón de cuero rosa que le sujetaba la huesuda cintura. La portuguesa se sentó para acariciarle los cabellos, que no eran más que un caos de hilos de oro. Una vez la serpiente del Edén fue separada de su cascabel, la polaca abrió la cremallera y se apartó para besar la pelvis oscura. Entre risas, tironeaba del pequeño pantalón short para liberar las caderas que deseaba morder. La portuguesa levantó sus piernas gráciles, de músculos largos y definidos, y las abrió, para dar la bienvenida a la boca que estaba dispuesta a atacar. La polaca miró aquel cuerpo, maravillada, empezó besando las pantorrillas, el saliente de la rótula, la cara interna de los muslos; todo se le antojaba a aquella belleza aria. La portuguesa, a su vez, sintiéndose poseída, se mordía el labio inferior, pero en sus adentros ardía el deseo de hacerle lo mismo a su amante. La polaca dio pequeños mordiscos en la piel suave de las caderas, acarició, casi que arañó, todo bulto bajo la piel canela, pegó su

rostro al pequeño triángulo de pelo púbico que arrimaba por sobre el límite de la prenda íntima de seda, y aspiró el delicioso perfume de mujer. Sujetó el borde de las bragas con los dientes y lo fue deslizando por los muslos, hasta que tuvo la matriz expuesta en todo su entusiasmo. Apenas la tuvo en ella, la modelo portuguesa dejó caer su cabeza hacia atrás. Los músculos de su cuello se tensaron y un gemido ahogado surgió de lo profundo de su alma. A pesar de que tenía los ojos cerrados, no podría precisar cuando la polaca la besaba de cuando la acariciaba con la lengua. Su cuerpo, desde sus piernas hasta los pectorales, se agitó en un pequeño temblor. La polaca levantó la cabeza, los labios endulzados por el almíbar del goce, y la sonriente belleza de la mujer que tenía delante, con la mirada escondida tras las tupidas pestañas, como quien despierta de un sueño, le tomó el rostro para besarla de nuevo. Una boca mordía a la otra; una lengua buscaba llenar otro espacio ajeno. La portuguesa metió las manos bajo la falda de la mujer pálida y sujetó con fuerza los pequeños montes de sus glúteos. Mientras, ella la besaba en el cuello, dejando un rastro rosa que cobraría un color morado al día siguiente. La polaca se quitó la falda y se unió frente a frente con la portuguesa, y ambas mujeres forcejearon por acercarse. La polaca la quitó el listón a su musa, y del cabello castaño, ya libre, la sujetó para ayudarse a desembarazarse del candor. Así estuvieron un rato, chocando y dando verdaderos rugidos de placer, mostrando los dientes al aire, y mirándose, de cuando en cuando, directo en las pupilas, desde donde se puede atisbar el alma. La piel brillaba a causa de pequeñas gotas cristalinas, saladas, y en un intenso deseo de pertenecerse, ambas se abrazaron. Gota a gota, se fueron bebiendo el sudor de la otra, aspirando cada exhalación, pero esas bocas no se sentían satisfechas. La polaca fue la primera en morder el hombro canela, y la portuguesa se apartó de dolor, vio la sangre surgir en un hilillo. La polaca volvió a abalanzarse y fue demasiado rápida para la víctima, que se dejó morder. El dolor era agudo, pero cuando la vampiro se irguió y la besó, el sabor de su lengua sazonada con su propia sangre fue un manjar insuperable. La portuguesa se inclinó para morder, no sin brusquedad, el seno rosado de su amante, pero ésta no se apartó. La sangre que surgió, fue compartida por ambas fauces.